

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 1a, Introducción a la “Carta a los Hebreos”: el Quién, el Qué y el Por qué del Sermón (Parte 1)

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

Cuando se le pregunta cuál es su libro favorito del Nuevo Testamento, no mucha gente responde: Hebreos. La carta a los Hebreos puede parecer inaccesible, con su intrincada investigación del culto levítico y el ritual del día de la expiación, y sus intentos de conectarlos con la obra de Jesús, o su extensa, y a menudo extraña para los oídos modernos, interpretación de una amplia variedad de pasajes del Antiguo Testamento. Es, en muchos sentidos, un texto misterioso, y requiere mucho trabajo familiarizarnos de nuevo con el Antiguo Testamento para apreciar cuál es realmente el mensaje de Hebreos.

Sin embargo, Hebreos es una parte muy importante de nuestro canon y hace algunas contribuciones distintivas a la formación de la teología cristiana y la visión del discipulado. Por lo tanto, recompensa nuestro estudio minucioso de muchas maneras. Una de las cosas que nos brinda la carta a los Hebreos, de una manera diferente y con mayor profundidad que cualquier otro texto del Nuevo Testamento, es una mirada a la persona y los logros de Jesús más allá del ámbito de su ministerio terrenal.

El autor de Hebreos habla extensamente sobre la actividad del Hijo antes de que el Verbo se hiciera carne. Proporcionó a la iglesia primitiva algunos puntos de partida muy importantes para desarrollar una cristología de lo que el Hijo estaba haciendo, por así decirlo, antes de su encarnación en la persona de Jesús. El autor de Hebreos proporciona una reflexión teológica sobre el significado de la muerte y ascensión de Jesús de maneras que hicieron avanzar significativamente a la iglesia primitiva en el desarrollo de sus doctrinas de la expiación y su comprensión del significado de la crucifixión y sus consecuencias, la muerte y resurrección de Jesús, para nuestra relación con Dios y para la inauguración del nuevo pacto.

Hebreos también explora, en mayor medida, la importancia del Antiguo Testamento como testimonio de Jesús. Ahora bien, cualquier lector de un evangelio se topa también con este tema. Cualquier lector de una carta paulina se topa con este tema.

Pero el autor de Hebreos es particularmente amplio en su búsqueda de testimonios de lo que Dios haría en la persona del Hijo en el Antiguo Testamento. Así, nos presenta una hermenéutica distintiva del Antiguo Testamento, mediante la cual en algunos casos encontramos el significado más amplio, el sentido más pleno de un texto del Antiguo Testamento, al leerlo como dirigido al Hijo, o como algo que se refiere al Hijo, o incluso, lo más extraordinario, puesto en los labios del Hijo. Hebreos

es probablemente más conocido por su capítulo sobre la fe, que es un desfile de héroes de aquellos que han ejemplificado la virtud de la fe en este mundo.

En el capítulo 11, pero también en otros pasajes, Hebreos tiene mucho que decirnos sobre la naturaleza de la fe, cómo se comporta la fe y cómo se manifiesta la fe en acción en este mundo. Por lo tanto, se convierte en un recurso importante para pensar en la ética cristiana y nuestra respuesta a Dios. La epístola a los Hebreos también presta bastante atención a la cosmología, a las preguntas sobre la realidad última, la forma en que está construido el cosmos y, por lo tanto, cómo navegar sabiamente a través de esta realidad visible actual.

Finalmente, el autor de Hebreos, debido a la naturaleza de los desafíos que enfrenta su propia congregación, presta mucha atención al problema del sufrimiento, un problema perennemente importante en la experiencia cristiana. Examina en particular cómo interpretar la experiencia del sufrimiento cuando ese sufrimiento es el resultado de la obediencia al llamado de Dios. A partir de entonces, proporciona a la iglesia de todas las épocas recursos para comprender el sufrimiento en aras de la lealtad y la obediencia a Jesús, de tal manera que esté capacitada para resistirlo e incluso triunfar a través de él.

El libro de Hebreos también presenta desafíos que los cristianos de todas las épocas deben escuchar si queremos que nuestro discipulado sea pleno. En primer lugar, Hebreos es en gran medida un llamado a la gratitud, a reconocer no solo que Dios ha sido misericordioso, sino también que la gracia de Dios nos ha impuesto ciertas obligaciones para responder de maneras que, en última instancia, sean para nuestro propio beneficio, al permitir que el favor y la bondad de Dios impacten nuestras vidas, transformándonos en personas que honrarán a Dios, permanecerán leales a Él y le servirán. Hebreos es también un llamado a despreciar la vergüenza en el sentido de encontrar la libertad de vivir para la aprobación de aquellos que no están orientados hacia Dios.

Por lo tanto, Hebreos desafía continuamente a la iglesia de todas las épocas a vivir para el aplauso del cielo y a no distraerse ni descarrilarse por la preocupación de la aprobación en esta vida. Finalmente, Hebreos también presta una atención sustancial a la importancia de formar una comunidad cristiana que brinde el apoyo adecuado. Si los discípulos individuales van a ser capaces de perseverar en el discipulado o van a ser capaces de correr la carrera que se les presenta ante ellos en nuestro mundo cada vez más privatizado e individualizado, este es un desafío particularmente importante que escuchar de este antiguo predicador.

Uno de los misterios de Hebreos es su autoría. Se ha asumido habitualmente que Hebreos era una carta de Pablo, a pesar de que el texto en sí es, de principio a fin, anónimo. Sin embargo, se supone que la autoría paulina es la que se da en el título que se le da a esta carta en la versión King James: la carta de Pablo a los Hebreos.

Esta suposición es antigua. En el manuscrito conocido sólo como P46, papiro número 46, una colección temprana de papiros de las cartas de Pablo del año 200 aproximadamente, el escriba ha colocado Hebreos directamente después de Romanos, dándole así un segundo lugar dentro del corpus paulino. Sin duda, la referencia a Timoteo en Hebreos capítulo 13, versículo 23, ha contribuido a esta tendencia.

Timoteo era, por supuesto, un conocido compañero de viajes y de misiones de Pablo y, muy a menudo, uno de los autores o coautores de las conocidas cartas paulinas. Sin embargo, es muy improbable que Pablo escribiera Hebreos. En primer lugar, el autor de Hebreos habla como alguien que se convirtió a la fe en Cristo por la predicación de otros.

Pablo lo deja muy claro en el capítulo 2, versículos 3 y 4. Por otra parte, Pablo se muestra firme en su postura de que llegó a ser creyente y apóstol no por medio de ningún ser humano, sino por la intervención directa de Dios. Gálatas 1:11 al 17 y 1 Corintios 15:3 al 10 lo afirman enfáticamente, y Pablo incluso hace un juramento en este sentido en Gálatas. Sería muy improbable, entonces, que Pablo admitiera en Hebreos que, de hecho, fue la predicación de los testigos de Cristo lo que lo convirtió, ya que esto es incompatible con las afirmaciones rotundas del propio Pablo en otros pasajes.

Un segundo factor que hace muy improbable que Pablo escribiera esta carta es el evidente compromiso del autor con el arte retórico, lo cual contradice la propia filosofía de predicación de Pablo. En 1 Corintios, capítulo 2, versículos 1 al 5, Pablo escribe que predicó, citando, no con la altivez de las palabras ni con la sabiduría, fin de la cita, para que la persuasión de los corintios no se basara en la habilidad del orador en lugar de en la convicción del Espíritu Santo.

Sin embargo, el autor de Hebreos utiliza libremente y de forma generalizada el arte de la ornamentación retórica para deleitar los oídos de sus oyentes y ayudarlos a creer y sentir que están escuchando el sermón de un orador muy hábil, algo de lo que nunca se acusa ni se le atribuye a Pablo en sus cartas existentes, como lo deja muy claro 2 Corintios. Las disputas sobre la canonicidad de Hebreos también revelan la incertidumbre básica de la iglesia primitiva sobre la autoría de la carta. Si se hubiera sabido con certeza que la carta provenía de la mano de Pablo, habría tenido una aceptación más amplia como texto apostólico y, por lo tanto, canónico en las iglesias tanto occidentales como orientales.

Sin embargo, este fue un tema de serio debate hasta fines del siglo IV. Esta disputa también revela un motivo para afirmar la autoría paulina por parte de aquellos que consideraban que la carta tenía autoridad, ya que esta afirmación aumentaba las

posibilidades de que fuera reconocida por toda la iglesia. Dos cosas parecen ciertas con respecto a la autoría de Hebreos.

No fue Pablo quien lo escribió, sino alguien del círculo paulino. Orígenes, Clemente de Alejandría, Tertuliano y otros padres de la iglesia primitiva, si no atribuyen la obra a Pablo, se la atribuyen a alguien estrechamente asociado con él. De nuevo, esta es probablemente la mejor manera de leer la referencia a Timoteo en el capítulo 13, versículo 23.

Quiero que sepáis que nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad, y si llega a tiempo, estará conmigo cuando os vea. Uno de los colaboradores de Pablo todavía está tratando de coordinar sus movimientos con otro de los colaboradores de Pablo, concretamente Timoteo. Tertuliano, un padre de la iglesia latina de finales del siglo II y principios del III, favoreció a Bernabé como candidato para la autoría aquí, ya que se sabía que Bernabé había sido levita y, por supuesto, el sacerdocio levítico es un tema importante en Hebreos.

Apolos también fue propuesto con frecuencia porque se lo recuerda en Hechos capítulo 18 versículo 24 como un honor logios , un orador hábil. La capacidad retórica de Apolos también está detrás de su popularidad entre las iglesias de Corinto, especialmente entre aquellos que criticaron a Pablo por ser débil al hablar. Se ha vuelto popular en las últimas décadas nominar a Prisca, o Priscila, como la autora, alguien que participó en la enseñanza de la fe al propio Apolos y la mitad de una prominente pareja de misioneros en el círculo paulino.

Por más deseable que fuera tener un texto del Nuevo Testamento escrito por una mujer líder de la iglesia primitiva, hay ciertas indicaciones en contra. La más reveladora de ellas es un participio en Hebreos capítulo 11, versículo 32. En griego, los participios y los adjetivos tienen género.

Son masculinos, femeninos o neutros, según lo que describan. El autor de Hebreos usa un participio masculino cuando se refiere a sí mismo. En primer lugar, es imposible que un autor tan hábil en griego como el autor de Hebreos cometiera ese error, pero también es muy improbable que una maestra del primer siglo intentara disfrazar su género proyectando su identidad como la de un predicador masculino.

La iglesia primitiva estaba abierta a las maestras. Pero lo que es aún más revelador es que el autor de Hebreos sabe que la audiencia de Hebreos conoce personalmente a este predicador por encuentros anteriores, como aprendemos en el capítulo 13, versículo 19, donde la cláusula, espero ser restituido a ti, indica un momento anterior en el que el autor y la audiencia estaban juntos. Por lo tanto, no habría forma de engañarlos con respecto al género del predicador.

Por lo tanto, si se tratara de Prisca o Priscila, no habría tenido ningún motivo para utilizar un participio masculino para disfrazar de algún modo su identidad. Al final, la solución de Orígenes a la autoría de Hebreos sigue siendo la más sólida. Pero ¿quién escribió la epístola? Dios lo sabe.

No sabemos quién, entre el numeroso equipo ministerial de Pablo, podría haber escrito este sermón, y en última instancia no ganamos nada con aventurar una suposición. Incluso si no conocemos el nombre del autor de Hebreos, podemos aprender algunas cosas importantes sobre él. Por un lado, era un hombre muy culto.

Entre todos los autores del Nuevo Testamento, el autor de Hebreos destaca por su dominio de la lengua griega. Esto se refleja en su uso liberal de los participios, incluidas muchas construcciones de genitivo absoluto y uno de los poquísimos participios de futuro de todo el Nuevo Testamento. También es dado a lo que los gramáticos llaman sintaxis hipotáctica.

Esto implica un uso extensivo de oraciones subordinadas, lo que demuestra un mayor nivel de sofisticación en términos de su dominio de la lengua griega. Marcos, el autor del segundo evangelio, por el contrario, utiliza una sintaxis paratáctica. Vincula sus pensamientos y oraciones con conjunciones en lugar de subordinarlos entre sí.

Es decir, el uso que hace Marcos del griego es mucho mayor de lo que cabría esperar de alguien que ha aprendido griego como segunda lengua y quizás nunca se ha sentido del todo cómodo escribiendo en esa lengua. Por otra parte, el autor de Hebreos utiliza el griego como un hablante nativo. También da muestras de haber recibido formación formal en el arte de la retórica, al menos a nivel preuniversitario.

Es decir, en el nivel de formación en el sistema educativo grecorromano anterior a lo que consideraríamos educación de nivel universitario. Ahora bien, es un punto muy debatido en los estudios del Nuevo Testamento si se puede decir de un autor que ha tenido una formación formal en retórica a cualquier nivel. Sin embargo, en lo que respecta al autor de Hebreos, hay menos espacio para el debate que, por ejemplo, con un autor como Marcos o Juan.

Por ejemplo, en los libros de texto de este nivel de educación pre-gimnasio, los libros de texto llamados pro- gymnásmata son ejercicios de elaboración de un tema o tópico que se mueven a través de una serie de pasos argumentativos. Este tipo de ejercicio es fundamental para la formación pro- gmnástica . Un ejercicio típico en una escuela de retórica implicaba tomar un dicho de una persona famosa o un poco de sabiduría proverbial o proponer una tesis y elaborar una serie de argumentos para apoyarla.

El esquema era muy parecido a esto: primero, una introducción al tema, seguida de la afirmación que se va a defender. A continuación, la afirmación se sustenta con una justificación.

La afirmación se sustenta además con un argumento contrario, es decir, si la afirmación no fuera cierta, esto sería así. Pero como no es así, la afirmación debe ser verdadera. A esto le seguiría un argumento de comparación o analogía, que buscaría en otro ámbito de la experiencia humana donde la lógica subyacente a la afirmación se demuestra como una especie de prueba corroborativa.

Esto podría ir seguido de un ejemplo histórico o precedente donde la afirmación resultó ser cierta en el caso de alguna persona o evento famoso en el pasado. Esto, a su vez, podría ir seguido de una cita de una autoridad respetada, alguien cuya voz tiene peso en la cultura, y luego concluir con una reafirmación de la tesis o una exhortación a actuar en base a esa afirmación. Este patrón básico aparece en varios de los libros de texto sobrevivientes de los pro- gymnásmata , así como en manuales sobre retórica, como la rhetorica anuncio herenium que se atribuye a Cicerón.

Encontramos precisamente este modelo de libro escolar empleado en Hebreos capítulo 12, versículos 5 al 11, con modificaciones muy menores. En este pasaje, el autor ofrece una introducción a su tesis. Habéis olvidado la exhortación que se os dirige como a hijos.

La tesis misma proviene de una cita de Proverbios. Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina formativa, la paideia, del Señor, ni te desanimas cuando seas reprendido por Él. Esta tesis está luego apoyada por una justificación, que también es parte de esa cita de Proverbios.

Porque el Señor disciplina a quien ama, y castiga a todo el que recibe por hijo. El autor continúa con una reafirmación de la tesis, como es habitual en estos ejercicios. Por tanto, hay que soportar por el bien de la disciplina formativa.

Dios os está tratando como a hijos. Luego añade una confirmación de la razón, es decir, una razón más que apoya la razón, apelando aquí a la experiencia general de la audiencia de haber sido criados y de ser padres de sí mismos. Porque ¿quién es el hijo a quien un padre no disciplina? Después de esto, encontramos un argumento contrario.

Si no tenéis una disciplina formativa, de la que todos los hijos se han hecho partícipes, entonces sois hijos ilegítimos y no verdaderos hijos. A esto, a su vez, le sigue un argumento de comparación o analogía. En este caso, se trata de una analogía muy cercana, que se dirige al ámbito de los padres biológicos naturales para hablar del padre divino.

Si tuvimos a nuestros padres biológicos como educadores y mostramos reverencia, ¿no estaremos mucho más sujetos al padre de los espíritus y viviremos? Este argumento por analogía se apoya, a su vez, en otra razón: pues ellos nos disciplinaron por unos días como les pareció mejor, pero él nos disciplina para nuestro beneficio, para que participemos de su santidad. El autor luego concluye todo esto con una conclusión que incorpora una cita de una máxima estándar.

Toda disciplina formativa, mientras está presente, no parece ser algo alegre sino penoso, pero luego produce el fruto apacible de la justicia a quienes han sido entrenados a través de ella. La máxima que sustenta este versículo es, en realidad, una que aparece con frecuencia en los textos educativos antiguos, a veces atribuida a Isócrates, otras veces a Aristóteles. Las raíces de la educación son amargas, pero su fruto es dulce.

El autor ha modificado y ampliado esta máxima, que es en sí misma otro de los ejercicios preliminares de composición en estos libros de texto, pero que sigue siendo claramente visible aquí. El autor ha conservado incluso dos palabras clave, disciplina o educación, *paideia*, y fruto, *karpos*. El autor de Hebreos muestra así un claro conocimiento y dominio de un modelo preliminar de argumentación retórica, utilizándolo con modestas variaciones.

Por ejemplo, añadiendo fundamentos al argumento a partir de la comparación, concluyéndolo con una máxima bien conocida que estaba en el corazón de la educación antigua. De todas estas maneras, el autor demuestra que tenía una sólida base educativa como base para su excelencia homilética. La consideración de la habilidad retórica del autor plantea la cuestión de qué es realmente Hebreos y cómo deberíamos pensar en esta pieza de comunicación.

Generalmente nos referimos a ella como la carta a los Hebreos o la epístola a los Hebreos, en analogía con la carta de Pablo a los Gálatas o la carta a los Filipenses. Sin embargo, Hebreos no comienza como lo haría una carta típicamente, con un remitente identificándose a sí mismo y a sus destinatarios y transmitiendo saludos. En lugar de ese inicio de carta típico, encontramos en cambio una declaración inicial pulida que parece haber sido calculada para tener un efecto poderoso en los oyentes y sonar hermosa a sus oídos.

Dios, habiendo hablado muchas veces y en varias ocasiones en otro tiempo a nuestros antepasados por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por medio de un Hijo, a quien designó heredero de todo, y por medio de quien asimismo hizo los siglos; el cual, siendo el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia, sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas. En esta introducción, el autor utiliza varios recursos retóricos conocidos de antiguos manuales de retórica que son puramente decorativos. En primer lugar, las 12

palabras iniciales del sermón en griego saludan a los oyentes con un sorprendente uso de la aliteración.

La aliteración es un recurso muy común que los predicadores aún usan y adoran hoy en día. Se usa una consonante inicial varias veces, tal vez para resumir los puntos principales de un sermón. Aquí, nuestro autor usa la aliteración cinco veces en 12 palabras para decorar el verso inicial, repitiendo este sonido de P. Dos cláusulas paralelas, solo dos versos más adelante en el capítulo uno, el verso tres, emplean otros recursos estilísticos antiguos reconocibles.

Se denominan homo- arcton y homo- taluton , y comienzan o terminan palabras o frases con la misma serie de sonidos para crear, en efecto, rimas internas. Así, en el capítulo uno, versículo tres, tenemos estas cadencias repetidas. Son adornos que sugieren una segunda capa de atención al arte retórico, pero también nos muestran la conciencia del autor de que lo que está creando no es tanto un texto como un enunciado, una pieza para ser transmitida oralmente y escuchada y apreciada por el oído en lugar de por la vista.

Esta introducción también emplea el recurso retórico de la antítesis, construyendo cláusulas con múltiples elementos, cada uno de los cuales contrasta con un miembro correlativo en la otra cláusula. Así, el autor dice que, en los tiempos antiguos, Dios habló a los antepasados por medio de los profetas. Luego, en la cláusula antitética que sigue, en estos últimos días, nos habló por medio de un hijo.

De esta manera, el autor crea un equilibrio artístico y agradable entre cómo Dios hablaba antes y cómo habla ahora al comunicar contenido de manera bella y artística. De muchas maneras, el autor da evidencia de una formación retórica incluso más allá del nivel básico de los pro- gymnásmata . El autor también presta atención durante todo su sermón a los presuntos actos de hablar y escuchar en lugar de leer con los ojos.

Es decir, desde el principio hasta el fin, él es muy consciente de que su mensaje es un mensaje hablado que será escuchado, no un mensaje escrito que será leído. Así que leemos, irónicamente, sobre esto, y tenemos mucho que decir que es difícil de explicar, ya que ustedes se han vuelto tardos para oír. O, por lo tanto, como dice el Espíritu Santo, si hoy escuchan su voz, no endurezcan sus corazones.

O bien, Dios no sujetó a los ángeles el mundo venidero del que estamos hablando. Y un poco más adelante en el sermón, aunque hablamos de esta manera, amados, estamos confiados de cosas mejores para ustedes. El autor muestra de esta manera que está componiendo el sermón a los Hebreos, consciente de la presentación oral del mensaje y de la naturaleza oratoria de su composición.

Otra cosa que se percibe claramente en la predicación del autor de Hebreos es su entorno cultural. Si admitimos que tuvo algún nivel de formación retórica formal, no se sigue que dicha formación se haya producido en el seno de una escuela grecorromana o gentil. Por el contrario, de principio a fin, da la impresión de que durante su formación se desarrolló principalmente en un entorno judío.

El Antiguo Testamento es el principal recurso cultural de nuestro autor. Sin embargo, es muy importante que tengamos en cuenta que se ocupa del Antiguo Testamento principalmente en su traducción griega, comúnmente llamada Septuaginta. La Septuaginta fue un proyecto de traducción muy temprano llevado a cabo por judíos de habla griega para beneficio de las poblaciones judías fuera de Judea, para quienes el griego se había convertido en el idioma principal y que prácticamente habían dejado atrás su lengua ancestral.

Los primeros cinco libros, los Libros de la Ley, probablemente estaban disponibles en griego ya en el año 250 a. C. Ahora bien, cada acto de traducción introduce cierta distancia con respecto al original. Incluso escritores antiguos como el traductor del libro apócrifo La sabiduría de Ben Sirah muestran una conciencia de esta distancia.

El nieto de Ben Sirah, el traductor, hablaba con fluidez tanto hebreo como griego. Después de traducir la obra de su abuelo del hebreo al griego, se disculpa por algunos de los pasajes en los que pudo haberse equivocado o haber pasado por alto el matiz que su abuelo intentaba comunicar. En el prólogo de su traducción, nos dice que incluso la Ley y los Profetas y los demás libros muestran una distancia en la traducción con respecto al original.

La distancia introducida entre el texto hebreo del Antiguo Testamento y la traducción griega, la Septuaginta, es algo que el autor de Hebreos aprovecha en el curso de su argumentación. Por ejemplo, en el texto hebreo del Salmo 8, leemos: “Lo hiciste, al hombre, un poco menor que los ángeles”. En hebreo, la palabra “poco” significa inequívocamente un lugar más abajo en la escala de la creación.

Pero en griego hay cierta ambigüedad. Podría indicar una distancia espacial menor o un poco de tiempo. El autor de Hebreos sabe aprovechar esa ambigüedad para convertir el Salmo 8 en un testimonio de la encarnación de Jesús, cuando por un breve tiempo, el poco tiempo de su vida terrenal, el sol se hizo más bajo que los ángeles.

Más sorprendente aún es que el autor cita el Salmo 40 en Hebreos 10 como la piedra angular de su argumento sobre la ofrenda de Jesús de sí mismo como sacrificio que era aceptable para Dios en un nivel y en un grado que los sacrificios de animales prescritos en Levítico nunca podrían alcanzar. En el texto hebreo del Salmo 40, leemos: Sacrificios y ofrendas no quisiste, pero para mí sacaste espigas. Ahora bien, esa imagen de sacar espigas, por supuesto, recuerda la historia de la creación de

Génesis 2, donde Dios formó a los seres humanos del polvo de la tierra, de la tierra, por así decirlo, moldeándola.

Y, por supuesto, el significado del texto es que, habiendo creado las orejas, quieres que escuche tu ley y la cumpla. La versión griega de ese Salmo ofrece algo muy diferente: no me has cavado orejas, sino un cuerpo que me has preparado. Es de suponer que al judío de habla griega que tradujo ese Salmo no le gustó la imagen de Dios sacando orejas y por eso la generalizó con esta frase, un cuerpo que me has preparado, refiriéndose todavía al acto de Dios de crear al ser humano y todavía queriendo decir un cuerpo con el que actuar en obediencia a tus mandatos, oh Dios.

Pero el autor de Hebreos ve en esta traducción una oportunidad de hablar mucho más en particular acerca de un cuerpo particular que Dios preparó, a saber, el cuerpo que el Hijo tomó como Jesús. De varias maneras, encontraremos que el Antiguo Testamento, en su traducción griega, produce para el autor frutos exegéticos y teológicos que el texto hebreo original tal vez no hubiera producido. El autor supone que la audiencia comparte un conocimiento del texto de la Septuaginta y, aún más importante, comparte un compromiso con la autoridad de estos textos como oráculos de Dios.

En definitiva, esta es la fuente de autoridad del propio autor cuando predica su sermón. Espera ser escuchado y ser persuasivo en la medida en que fundamenta su propio mensaje y sus propias exhortaciones en su exposición de estos textos sagrados compartidos. Lo que resulta muy interesante de Hebreos es cómo el autor interpreta muchos de estos textos.

El autor nos muestra, en primer lugar, cómo el testimonio fragmentario y parcial de Dios a través de los profetas y los salmos se convierte en un testimonio unificado de las acciones de Dios en el mundo en el Hijo, en la persona y la carrera de Jesús. Ya en el capítulo 1 de Hebreos, versículos 5 a 13, encontramos una serie de versículos del Antiguo Testamento que, según el autor, encuentran su significado en relación con Jesús, y nos muestra que hay algo de su hermenéutica, de sus estrategias interpretativas, que encontraremos a lo largo de su sermón. Los textos del Antiguo Testamento le revelan su significado cuando se leen como si fueran dichos al Hijo, como si fueran dichos acerca del Hijo y, en algunos casos, incluso cuando son dichos por el Hijo, es decir, cuando son puestos en los propios labios de Jesús.

El autor también trabaja con una interpretación tipológica de los textos del Antiguo Testamento, es decir, encuentra en todo el Antiguo Testamento personajes o actividades que, según él, apuntan hacia el Hijo y sus obras, que son sombras y atisbos del Hijo y de sus logros que fueron anunciados mucho antes de su llegada a la escena terrenal. Por ejemplo, ve a Moisés como un tipo o modelo de Jesús, el mediador que había de venir.

De manera similar, toma el sacerdocio levítico, su personal, sus rituales y sus espacios sagrados como un tipo o modelo sobre el cual hablar acerca del sacerdocio de Jesús y las consecuencias de su muerte para nosotros. Esto también abre al autor la posibilidad de crear exhortaciones a su audiencia basadas en un tipo. Por ejemplo, basadas en la historia de la generación del Éxodo y su pobre respuesta a Moisés y en las promesas de Dios de ayudar a su propia audiencia a entender cómo deben responder a la mediación última de Jesús.

El autor también busca una interpretación moral del Antiguo Testamento de principio a fin, como nos muestra en su uso de sus ejemplos del Antiguo Testamento como modelos tanto positivos como negativos de cómo responder a Dios. Si bien se puede decir que la ubicación cultural principal del autor es el mundo de las escrituras judías, de las que se nutre más que de cualquier otra cosa, el autor también se muestra como ciudadano del mundo grecorromano. Esto no se opone a su ubicación como cristiano judío, sino que está en consonancia con su ubicación como cristiano judío helenístico, alguien que se crió en el entorno grecorromano más amplio que ha influido en la forma en que se ve el judaísmo en cualquier lugar donde se encuentre a lo largo del mundo mediterráneo del siglo I d. C.

Un ejemplo de ello aparece en el uso que hace el autor de la sabiduría pedagógica grecorromana. En el capítulo 5, versículo 8, el autor dice que Jesús, cito textualmente, aprendió la obediencia por las cosas que padeció o por las cosas que experimentó. En este versículo encontramos las palabras griegas *emaphen* y *epaphen*, palabras que constituían una máxima común en el mundo antiguo, enseñando que la sabiduría viene del sufrimiento o que el aprendizaje viene por la experiencia.

Epafen, *emaphen*, sufrió, aprendió. Esta máxima se puede encontrar en las obras de Esquilo, Heródoto y muchos otros autores de las épocas clásicas griega, helenística y romana. El autor también muestra su arraigo en la cultura grecorromana cuando habla de etapas y progresos en el aprendizaje, la idea de que existe una etapa elemental de educación y una etapa más avanzada de educación, utilizando las figuras de beber leche versus comer alimentos sólidos, creando una analogía entre la crianza de los niños a nivel biológico con la crianza o educación de los niños a nivel pedagógico.

Así, escribe en el capítulo 5, versículos 11 al 14, “Os habéis vuelto tardos para oír, porque, aunque debierais ser maestros por el tiempo transcurrido, de nuevo tenéis necesidad de que alguien os siga enseñando los principios más elementales del nivel primario de los oráculos de Dios. Habéis llegado a tener necesidad de leche en lugar de alimento sólido, porque todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño. Pero el alimento sólido es para los adultos, que tienen sus facultades ejercitadas mediante la práctica constante para el discernimiento de lo noble y lo vil”.

Los autores grecorromanos también utilizan la analogía de la leche frente a la carne o la leche frente a los alimentos sólidos como imagen de los niveles de instrucción. Así, por ejemplo, el filósofo estoico Epicteto, de finales del siglo I y principios del II, escribe: “¿No estáis dispuestos a esta edad avanzada, como los niños, a ser destetados y a participar de alimentos más sólidos?” O, por otra parte, “habéis recibido los principios filosóficos que debéis aceptar y los habéis aceptado. ¿Qué clase de maestro esperáis todavía, para que debáis postergar vuestra reforma hasta que llegue? Ya no sois unos muchachos, sino ya unos adultos hechos y derechos”.

Además, tanto Epicteto como el autor de Hebreos usan estas metáforas específicamente para avergonzar a los oyentes por no estar a la altura de lo que deberían estar y para motivarlos a demostrar que son maduros por su disposición a cumplir con las expectativas articuladas por el autor para los maduros. En el mismo pasaje, encontramos que el autor de Hebreos describe al creyente maduro como alguien que está capacitado para discernir lo noble y lo vil. Esto incorpora una definición estándar de la virtud de la sabiduría, una de las cuatro virtudes cardinales promovidas por los platónicos y los estoicos.

La persona madura que ha avanzado lo suficiente en la disciplina formativa que ofrece una escuela filosófica, ese grupo al que se ha unido, ha alcanzado la sabiduría. Tiene una inteligencia capaz de aplicar un método juicioso para distinguir el bien del mal, como dice el autor de la *Rhetorica ad helenium*. De muchas maneras similares, el autor de Hebreos incorpora a su pensamiento y a su predicación el conocimiento cultural de su entorno helenístico más amplio.

En un momento dado, el autor presenta a Jesús no en términos de su herencia judía, sino de maneras que recuerdan al gran héroe de casi todas las escuelas filosóficas griegas y romanas, es decir, Sócrates. En el capítulo 2, versículos 14 y 15, el autor de Hebreos escribe: Desde entonces, los hijos han participado de carne y sangre en común. También el hijo mismo participó plenamente de las mismas cosas para, por medio de la muerte, destruir al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al calumniador, y liberar a todos los que están sujetos a la esclavitud durante toda la vida por el temor de la muerte.

Con algunas adaptaciones, se pueden reconocer aquí ecos de la manera en que el filósofo romano del siglo I Séneca retrató a Sócrates mientras se enfrentaba a su propia muerte. Sócrates se negó a huir cuando ciertas personas le dieron la oportunidad de liberar a la humanidad del miedo a dos cosas muy dolorosas: la muerte y el encarcelamiento. En el siglo II, el satírico Luciano escribió sobre un filósofo que estaba a punto de prenderse fuego para enseñar a sus discípulos la misma lección que Sócrates les enseñó a sus discípulos.

Peregrinus era el nombre de este filósofo negligente, y Luciano escribe: En Hebreos capítulo 2, versículos 14 y 15, encontramos a nuestro autor presentando a Jesús como alguien que acepta las dificultades de la muerte para liberar a sus seguidores de la esclavitud del miedo a la muerte. Por supuesto, esto se adapta apropiadamente a la cosmovisión del autor para incluir a Jesús luchando, en efecto, con Satanás, el calumniador, a quien se le atribuye el poder de la muerte y usarlo para mantener a los hijos de Dios en esclavitud a través del miedo. Otra faceta de la cultura grecorromana que aparece en Hebreos es la del atletismo.

En el capítulo 12, versículos 1 al 4, al concluir su elogio a los héroes de la fe, el autor de Hebreos crea una hermosa metáfora atlética: “Por tanto, teniendo en derredor nuestro tan grande grupo de espectadores, corramos también nosotros con paciencia la carrera que tenemos por delante, despojándonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesús. Todavía no habéis resistido hasta la sangre, mientras habláis contra el pecado”.

En estos cuatro breves versículos, tenemos la imagen de una carrera en un estadio, con las gradas repletas de espectadores, y también, en el último versículo, la de una lucha libre, una lucha contra el pecado. El autor introduce en su sermón imágenes que resultan familiares a cualquier ciudad griega. El atletismo ocupaba un lugar destacado en las antiguas ciudades griegas o romanas, al igual que en las ciudades modernas.

El autor aprovecha esta faceta de la cultura grecorromana para crear una imagen poderosa que impulse a sus héroes a seguir adelante en su compromiso específico con la cultura cristiana y las exigencias que ésta les impone. Así pues, aunque no sepamos el nombre de este autor, sí sabemos varias cosas importantes sobre él. Es muy probable que formara parte del equipo evangelizador paulino.

Era un hombre especialmente formado entre los miembros de ese equipo en retórica, en la expresión artística del pensamiento con vistas a la persuasión. Tenía un conocimiento profundo de las escrituras del Antiguo Testamento, en particular de las que existían en el mundo antiguo en traducción griega. Es un ciudadano del mundo grecorromano en la medida en que se inspiró en su vida pedagógica, filosófica y deportiva a la hora de desarrollar su distintiva presentación del significado de Jesús y de su exigencia sobre la vida de los oyentes.